

—Tambien es casualidad—dije para mí— que estuviera aquí la zorra tan á punto para ver caer la paloma y llevármela. Porque realmente creía yo que había sido casualidad que la zorra estuviera allí.

A otro día fui algo más temprano con la esperanza de poderlas tirar más de una vez. Me escondí un poco, llegaron las palomas, tiré á una rama donde había dos y no cayó más que una. Miraba yo á la otra á ver si iba herida, cuando... ¿querrás creer que salió la zorra por delante de mí, como el día antes, y me llevó la paloma muerta?...

—¡Cogollo!—dije;— ¡tiene gracia que esté yo matando palomas para tí!... ¡Tú me las pagarás todas juntas!...

Volví al día siguiente con dos escopetas, la mía y la de mi hermano Víctor, y me senté á esperar pensando: «Esta prójima bien seguro es que está por aquí alrededor aguardando á que caiga la paloma para llevársela.»

Efectivamente, vinieron las palomas, tiré á la primera que se puso á tiro, la vi caer, y... como lo pensaba, salió la zorra como otros días tan campante y echó la boca á la paloma para llevársela. Pero en el acto agarré yo la otra escopeta y la pegué un tiro que la hizo soltar la paloma y caerse muerta regañando los dientes.

¡Toma palomas!

DEPORTES RURALES

COSTUMBRES

LAS PELEAS DE TOROS

I

No había más que una tela de nieve de cuatro dedos, que se estaba deshaciendo á toda prisa, porque hacía un sol que daba gusto.

Y como era domingo, el domingo gordo por más señas, discurrieron los mozos llevar el toro á pelear á alguna parte.

—¿Con cuál le llevaremos? ¿Con cuál no le llevaremos?... —¿Queréis llevarle con el de Riaño? —Ya pelearon el día de los Reyes, y ahora no querrán volver á agarrarse. —Llevarle con el de Villafrea... —Ese no le querrán ellos echar, porque es un novillo todavía... —Pues entonces con el de Siero. —Con el de Siero no, que ése nos le puede. —¿Por qué le ha de poder? —Dicen que le pudo este verano en el Collado de Valmañida... —Eso lo dijo el vaquero suyo; ¿quién sabe si será verdad?... —Y aunque lo sea; del verano á ahora va un mundo...

Y dale arriba, dale abajo, tras de esta bre-

ve discusión, habida en un corrillo al salir de misa, quedó acordado llevar el toro á pelear con el de Siero á la Collada del Hito.

Siempre que el alcalde diera licencia y que los de Siero aceptaran la proposición, pues todos estos pasos había que dar antes y con antes...

—Allí va el señor Alcalde—dijo uno;—vamos á decírselo...

Y el Alcalde les contestó que por él no había inconveniente, pero que, para bien ser, había de tocar á concejo, porque no sabía si querían los vecinos.

—Sí quieren, sí—le objetaron los mozos;—¿qué falta hace tocar á concejo?... Todos quieren.

Con lo cual el Alcalde se decidió á darles licencia, y á las voladas marcharon dos mozos al valle arriba, á ver si los de Siero querían traer el toro á pelear con el de Pedrosa.

Para inteligencia de lo que precede, es de saber que en los pueblos de las montañas de Leon, donde todos los vecinos son ganaderos en pequeña escala, teniendo el que más diez y ocho ó veinte vacas y el que menos una, suele haber un toro de concejo.

Cuando el ganado vacuno va al pasto en vecería, el toro va con la vecería. Y en el rigor del invierno, cuando el ganado tiene que estar estabado por causa de la nieve, el toro lo está lo mismo en el toril, que es un establo peque-

ño, también de propiedad comun, y allí le cuida, por turno anual, un vecino de los más jóvenes, que se suele denominar el *procurador*, y le ceba con hierba seca, que en el verano segaron y apañaron en un egido que se suele llamar «el prado de concejo» ó «el prado del toro».

Ya se comprende que cada pueblo ha de tener fantasía en que su toro sea mejor que los de los pueblos colindantes; por eso, cuando llega el caso de adquirir toro nuevo, nombran una comisión que va á las ferias, y ve muchos novillos antes de decidirse á comprar uno. Y por eso, como los escogen de buena raza y los tienen hasta ocho ó diez años cuidándolos mucho, suelen hacerse animales tremendos, capaces de asustar á cualquier extraño al país que no sepa que son tan mansos que andan por las calles entre la gente, y los niños les rascan el hocico y pasan por entre las patas sin que se estremezcan ni les hagan daño.

De tarde en tarde sale un toro pegon; pero es, como dijo Juvenal, *rara avis*, ó hablando aquí más propiamente, *rarus taurus*; y en seguida que descubre esas mañas, se le engorda bien, se le lleva á una feria y se le vende para carne.

Dada la afición de los pueblos á tener buenos toros, es natural que quieran lucirlos; y la manera de lucirlos es juntarlos á pelear, siendo ésta la diversión favorita de aquella

gente en los domingos de invierno. Hoy los toros de estos dos pueblos, de hoy en ocho días los de los otros dos, casi todos los domingos hay pelea.

Pero vamos á ver la de esta tarde, porque ya vienen á boca del Valle los emisarios, y sin esperar á que pasen el puente, les han interrogado por señas los que están en las eras, y han dicho con la cabeza que sí, que los de Siero están conformes.

Dos minutos despues empieza á sonar el tambor y todo el pueblo se pone en movimiento. Los menos enterados preguntan á dónde es la pelea, pues de que se trata de una pelea ya nadie duda, y cuando se enteran se disponen á marchar sin que les acobarde la distancia, que es de una legua.

¿Y qué es andar una legua por un espectáculo como la pelea de toros?...

Caso de que la haya. Porque tambien sucede algunas veces que, despues de haberse dado la gente un paseo muy largo, se llega al presunto teatro de la lucha, se avistan los dos contrincantes y uno de ellos huye, ó los dos se tienen miedo y no se agarran.

Esto, en honor de la verdad, y aun de los toros, no es frecuente: sucede alguna vez, pero hay esperanzas de que no suceda esta tarde.

Ya el procurador ha abierto la puerta del toril, ha salido el toro, se ha reunido con dos bueyes y una vaca destinados para acompa-

ñarle, y se dirige reburdeando hacia el puente.

Los rapaces se encargan de arrearle y de que no deje el camino. Los mozos y las mozas van de plática amistosa, á ratos con formalidad y otras veces haciendo hazañas como la de respingarse unos á otros al pasar los arroyos.

—¡Juicio! ¡juicio!— dice al oír los esgrijos alguno de los vecinos formales, que van hablando de la pelea del otro domingo ó de la mejor de las del año pasado, ó de alguna de las más notables de diez ó veinte años atrás, que todos recuerdan perfectamente...

Cuando llegamos á dar vista á la Collada, ya los de Siero, que habían tenido algo menos camino que andar, estaban acampados esperándonos.

Al sentirse los dos toros comenzaron á retorear con fuerza, retumbando sus bramidos en el vecino monte. Dos minutos despues estaban ya agarrados.

El toro nuestro se llamaba *Garucho*, era negro, albardado de blanco, no de muchas libras, pero muy vivo y de gran disposición para pelear. El contrario se llamaba *Gallardo*, era retinto en colorado y le excedía muchísimo en peso y en fuerza.

Se agarraron como se agarran siempre los toros. No se embistieron de frente; se colocaron como apareados y contrapuestos, la cabeza del uno enfrente de la trasera del otro y mirando hacia fuera; y cuando parecía que se

iban á ir cada uno por su lado, giraron rápidamente los dos en sentido contrario del que indicaban y se encontraron las dos cabezas, dándose un testarazo terrible.

Despues trataron de empujarse, y el mayor arrollaba al más pequeño. Quiso éste defenderse cogiéndole al otro la cabeza, esto es, desviándosela hacia un lado y poniéndole la suya en el cuello y el pecho. Cuando un toro se deja coger la cabeza, como no exceda mucho en fuerzas al contrario, ya está perdido; pero el *Gallardo* era, en efecto, mucho más fuerte que el *Garucho*, y le resistió con el pecho hasta que pudo dar un salto hacia atras y volver á poner la cabeza enfrente de la del otro. Siguieron forcejando por empujarse, llevando en esto siempre la peor parte el de *Pedrosa*.

De vez en cuando se paraban los dos como si se pusieran de acuerdo, se echaba cada uno un paso hacia atras, como dijo *Moratin*:

«Para que la fuerza sea
mayor y el ímpetu más»,

y se arremetían de nuevo, dándose otro tremendo calveretazo. Despues el mayor seguía empujando al más pequeño, y éste, conociendo que en el llano tenía perdida la batalla ¡qué instinto el de aquel animal! se dejó llevar con gran facilidad por el adversario hasta una de

las laderas cercanas. Siguió el *Gallardo* empujándole por la ladera arriba, con lo cual los de *Siero* creían ya seguro el triunfo de su toro sobre el nuestro; pero en el instante en que su contrario, rendido de llevarle hacia arriba, se paraba á tomar aliento, apretó con él, y ayudado de la pendiente, á poca costa le hizo retroceder hasta el llano. Tornó el *Gallardo* á lucir su fuerza superior y á subir al *Garucho* hasta media ladera, y tornó el *Garucho* á echarle abajo sin fatiga. Repitióse cuatro veces la misma operacion punto por punto, y con la circunstancia agravante de que en la última, fatigado el toro de *Siero* de tanto trabajar y desanimado al ver la facilidad con que el nuestro dejaba sin efecto su angustiosa faena, al encontrarse una vez más en el llano, apartó la cabeza y salió huyendo, perseguido inmediatamente por el vencedor adversario, que le dió en un instante media docena de cornadas.

Acudieron los de *Siero* á librarle, por la cuenta que les tenía; y luego, como las justicias de ambos pueblos habían mandado llevar bota, se formó un gran corro, y por los vasos de concejo, que eran unas tazas de plata con dos asas y con una inscripcion expresiva del nombre de la villa y del lugar respectivamente en la peana, se escanció vino á toda la concurrencia.

No siempre concluyen tan pacífica y armo-

niosamente estas funciones, pero aquella concluyó así; y aún hubiera concluído, si no hubiera habido nieve, con más alegría; es decir, con un poco de baile.

De vuelta á los hogares, claro es que la gente de Siero iba mustia y contrariada por la derrota, y la de Pedrosa alegre y satisfecha por el triunfo.

II

Al año siguiente se conservaba todavía en Pedrosa el mismo toro, el famoso *Garucho*, que tan admirablemente sabía buscar en su alrededor lo que le faltaba dentro de sí, es decir, sabía aprovechar las desigualdades del terreno, de modo que suplieran su falta de fuerza, y así vencer á un adversario mucho más fuerte.

En la Villina, otro pueblo limítrofe, el primero aguas arriba en la misma orilla del Esla, tenían un toro grande, hermoso de cuerpo aunque muy feo de la cabeza; pues no tenía las astas gallardamente elevadas y extendidas en graciosas curvas y en proporción igual hacia afuera y hacia adelante, como las tienen los toros bien armados, sino que encorvándose hacia adelante desde el nacimiento, seguían luego horizontales, y cuasi paralelas como los dos gajos de una horca de cargar mieses.

Pero esta fealdad de los cuernos le daba para pelear grande ventaja, pues en arrimando la cabeza á la del contrario no tenía que hacer más que traquetearla un poco hacia los lados para acribillarle á pinchazos las orejas y hacerle escapar, á no ser que tuviera extraordinaria bravura.

Contando, pues, como segura la victoria, los de la Villina invitaron amistosamente á los de Pedrosa á echar á pelear los toros el tercer domingo de Enero, y para mayor seguridad, conociendo como conocían las mañas del *Garucho*, de dejar que le subieran cuesta arriba para luego apretar fácilmente hacia abajo y acogotar á su contrincante, á fin de que no pudiera valerse de ellas, señalaban como sitio de la pelea una gran llanada: los toros habían de juntarse en medio de la vega de San Juan, al lado del mojon divisorio de ambas jurisdicciones.

Esta vega es, como he dicho, llana y extensa. Por medio de ella subía el antiguo camino real de Pedrosa á Potes, sustituido ahora por una carretera, y al lado del camino está el mojon, sitio determinado para la pelea. La cuesta montuosa de la parte del Norte, estaba lejos y no era fácil que los toros pudieran correrse hasta allá peleando; á más de que para impedirlo estaban allí casi todos los habitantes de la Villina, bien advertidos y dispuestos á formar cordon. La cuesta de la parte de Sur

estaba algo más cerca, pero por entre ella y el futuro teatro de la guerra, corría el Esla imponente con sus aguas de invierno, y no se podía pensar en vadearle.

No había remedio. El invencible *Garucho* iba á ser vencido aquella tarde y á declararse en vergonzosa fuga.

Por creerlo así los de la Villina habían venido en masa escoltando á su toro toda la mocedad de ambos sexos, toda la rapacería, no pocas mujeres casadas y casi todos los vecinos, hasta los ancianos: y como el ser aquélla la primera vez que iba á ser vencido el *Garucho* hacía que el triunfo del vencedor mereciera ser muy sonado, traían las mozas una pandereta para hacer baile inmediatamente en el mismo sitio de la victoria; traían también oculta, según se supo luego, una bandera para desplegarla tan pronto como el *Garucho* se declarase en fuga, y venía detras el criado concejil con un pellejo de vino para celebrar el triunfo con toda la alegría posible.

Llegaron los dos bichos casi al mismo tiempo, retoreando ufanos, y pronto quedaron como encerrados dentro de una gran circunferencia humana.

Algunas personas que se aproximaron mucho á ellos notaron que el de la Villina, sobre tener las astas demasiado ofensivas de suyo, como queda indicado, las tenía aguzadas con una navaja, de suerte que estaban como agujas.

Aparte de esto, la gran inferioridad en bulto y en peso del *Garucho* producía entre los de abajo una impresion desanimadora.

No faltaban, sin embargo, quienes tenían confianza en el triunfo de nuestro toro, confianza fundada en su gran disposición para pelear y en su picardía.

Tras de mirarse torvamente unos instantes y adoptar unas cuantas posturas raras como destinadas á meterse miedo el uno al otro, los toros inauguraron la pelea dándose mutuamente un gran topetazo.

El *Garucho*, viendo que no le cabía la cabeza por entre los cuernos del contrario, se hizo un poco atrás, bajó la suya y le acometió por el pecho; pero le excedía tanto el otro en peso y en fuerza que ni aún así, libre de sus cuernos, podía hacerle retroceder. Aparte de que tal situación le duró muy poco, porque el otro toro, al que llamaban *Voluntario*, sobre ser forzado era también muy ágil, y saltando hacia atrás rápidamente, volvió á presentar al *Garucho* la cabeza, y metiéndole los cuernos por bajo de los suyos le pinchaba en las orejas haciéndole mucho daño.

El *Garucho* se despegó, se hizo un poco atrás y sacudió las astas como escociéndose; después miró á un lado y á otro...

— ¡Ya está buscando por dónde escapar! — dijo á media voz uno de los de la Villina.

—¡Eso todavía no se ha visto!—le contestó uno de nuestra parte.

—Hasta ver, callar—añadió otro.

—Me parece que más visto...—replicó el contrario que había hablado primero.

Pero en esto, nuestro *Garucho*, como si se hubiera enterado de la conversacion y quisiera volver por su honra, viéndo algo descuidado al contrario, arremetió contra él con violencia doblándole el pescuezo, y le hizo celar un buen trecho.

—¡Hola! Esto ya no es lo mismo que lo de antes—dijo uno de los nuestros con énfasis.

—¡Es que el *Garucho* quiere escapar!—añadió otro con marcada ironía.

—¡Chist! ¡Silencio!—les dijo otro vecino de Pedrosa menos entusiasmado,—que estamos todavía muy al principio...

Rehízose pronto el *Voluntario* y volvió á coger la cabeza del *Garucho* entre sus puntiagudos ó más bien *puntiaguzados* cuernos, abregonándole las orejas y sus alrededores y haciéndole retroceder naturalmente.

Cualquier otro toro del país hubiera escapado al segundo ó al tercero de aquellos dolorosos saludos; pero el *Garucho* tenía mucha bravura puesto á pelear, tanta como astucia, y no se escapaba.

De vez en cuando separaba la cabeza de la del contrario y miraba á los lados como si tratara de marcharse, y tal creían y voceaban

los de la Villina; pero no trataba de eso: miraba sin duda por si veía cercana alguna ladera donde apoyarse, como de costumbre.

No las había, y el pobre *Garucho* volvía á presentar la cabeza al enemigo y á resistir sus puntazos, perdiendo terreno, retrocediendo siempre hacia su pueblo.

Así habían recorrido ya los toros y los espectadores cerca de medio kilómetro por unas tierras sembradas, donde el trigo empezaba á nacer, haciendo en ellas mucho daño; pero el ardor bélico, ó si se quiere patriótico, amortiguaba el interes particular y hacía que ningún propietario se quejase.

La gente de Pedrosa, formando grupo detras de su toro, le animaba á la pelea: los de la Villina, que creían cada vez más segura la victoria del suyo, gritaban sin cesar. Uno de ellos, levantando mucho la voz sobre los demás, decía:

—Si no fuera ese cordon de gente que tiene detras, ya habría marchado ese pobre toro dado á mil diablos...

En esto llegaban los contendientes á un cauce de riego que atravesaba el sembrado. Los dos ribetes laterales del cauce levantaban sobre lo arado como medio metro y tenían próximamente otro tanto de espesor, siendo tambien próximamente de la misma medida la anchura y la profundidad del cauce. El *Garucho*, en una de sus exploraciones le había vis-

to, y al llegar á él, siempre retrocediendo, le salvó con facilidad pasando sucesivamente y sin apuro un pié y luego el otro, una mano y después la otra de la tierra al cauce y del cauce á la tierra del otro lado.

Y cuando estuvo en ella, y vió que su enemigo tenía las dos manos juntas en el fondo del cauce y los pies en la tierra que quedaba atrás, le acometió brusca y fieramente de medio lado, le tumbó del todo poniéndole como para desollarle, y le dió en un cuarto de minuto más de veinte cornadas; los mozos de la Villina corrían á defenderle; mas cuando llegaron, ya los de Pedrosa, que estaban más cerca, habían noblemente echado al *Garucho* de encima de su víctima, que levantándose con algunas rúbricas en la piel y todo embarrucado, salió huyendo hacia su pueblo.

Y adios baile, adios bandera, adios convite, y adios todo... todo lo que no fuera marcharse los de la Villina en silencio tras del toro con las orejas gachas.

Solamente el Alcalde aguardó á despedirse del de Pedrosa, su pariente, que le dijo en tono de reconvenccion amistosa:

—Mira; no ha pasado nada, gracias á que no todos somos lo mismo... Pero si el *Garucho* hubiera traído los cuernos aguzados como el vuestro, á estas horas ya no teníais toro y aquí le desollábais. Porque á las cornadas que le dió, y eso que acudimos pronto á separarle,

teniendo los cuernos aguzados, le hubiera echado las tripas afuera... Hay cosas que no se deben hacer.

—Tienes razon; pero ya sabes lo que son los de mi pueblo.

* * *

Desde entonces quedó definitivamente sentado que el *Garucho* era invencible.

Pero ya no peleó más, porque ningun pueblo quería llevar su toro á pelear con él, pues decían: —Cuando hay cuestras ó laderas se aprovecha de ellas para vencer al contrario; una vez que no hubo ladera encontró un cauce que le sirvió lo mismo; cuando no encuentre ladera ni cauce buscará algun otro estorbo que le sirva para hacer la suya. Parece que ha andado al estudio...

III

Otra pelea muy famosa recuerdo haber presenciado catorce ó quince años despues de las anteriormente descritas.

Los toros eran el de Pedrosa y el de Riaño, dos hermosos animales de siete á ocho años, de excelente lámina, de gran corpulencia y de muchas libras, llamados respectivamente *Arrogante* y *Macareno*.

Como vecinos que eran, habían peleado ya en años anteriores muchas veces, encontrándose ellos en el monte sin más testigos que los vaqueros, y, alguna que otra vez también, juntados expofeso en espectáculo, siendo de advertir que el éxito no había sido constante, pues uno y otro habían quedado en distintas ocasiones vencedor y vencido. Es decir, que andaban á ellas.

Pero el de Pedrosa tenía esta vez una novedad desfavorable: se había quedado tuerto. Un ramascazo sufrido en el monte durante el verano anterior le había producido una inflamación, de resultas de la cual se le había vaciado el ojo.

Estaba convenido juntarlos un domingo de Febrero en la ancha vega de entre las dos villas, un poco más cerca de la primera, en un gran prado que perteneció á la extinguida capellanía de la Concepción, y allí, en efecto, llegaron los dos toros y los espectadores en el día y á la hora determinados.

Un vecino de Pedrosa, que hablaba siempre en tono sentencioso y no solía acertar en sus sentencias, había ido todo el camino tratando de convencer á los demas de que no habría pelea porque el toro suyo no quería agarrarse con el otro.

— Pues si se ha agarrado y ha peleado con él cincuenta veces y le ha podido algunas, ¿por qué no se ha de agarrar ahora?—le replicaban.

— Porque está tuerto — decía él, — porque está tuerto, no seáis tontos. Una res tuerta no pelea nunca, porque teme que la acometan por el lado que no ve, por el lado del ojo que la falta... Ya lo veréis como no hay pelea. Y conmigo no apostéis, porque perdéis...

Unos continuaban contradiciéndole, otros no le hacían caso, nadie le creía...

Y era de oír luego su exaltación y su engrimiento cuando el toro de Pedrosa, al llegar cerca del adversario, comenzaba á menear el rabo y la cabeza y á espurrir el hocico pidiendo amistad, y al ver al otro dispuesto á embestirle salía huyendo.

— ¿Lo veis?—decía á los demas con desden soberano. — ¡Si lo sabré yo! ¡Si cuando yo digo una cosa!... etcétera.

— Todavía se agarrará—replicaba alguno...

— ¡Las narices se agarrará! ¡He dicho que no se agarra y no se agarra!...

Unos muchachos de Pedrosa corrieron tras del toro para detenerle, y el procurador les dijo:

— Detenedle en aquella campera antes de entrar en las paliciadas (cosa de medio kilómetro más arriba).

Le detuvieron, en efecto, y siguieron hasta allí con el toro de Riaño todas las personas que habían acudido á presenciar la pelea; pero tampoco allí quiso agarrarse el *Arrogante*.

Desde allí hasta las primeras casas iba el

camino real por entre dos cerraduras de pali-
cios que defendían los prados de un lado y de
otro, y el procurador mandó á los mozos que
volvieran á detener el toro en el último de los
prados á ver si allí se quería agarrar, y así lo
hicieron, pero tampoco quiso; también al ver-
se junto al toro de Riaño comenzó á rabotear,
y viendo que el otro trataba de acometerle
huyó hacia la plaza.

El otro toro echó detras de él. Y el vecino
que había pronosticado que no habría pelea,
decía en el colmo de la satisfaccion:

—¿No os lo decía yo? ¿Qué deis ahora?

Los de Riaño agregaban:

—Ya no le deja el nuestro hasta que no le
meta en el toril...

— A la puerta del toril todavía puede ser
que se agarre—decían, no con mucha confian-
za, algunos de Pedrosa.

Pero no fué necesario llegar allá.

La plaza de Pedrosa es un gran rectángulo
de cien metros de Este á Oeste y setenta de
Norte á Sur.

Yendo de Riaño se entra en ella por el án-
gulo del Sudoeste, y para ir al toril se sale de
ella por el ángulo del Sudeste. Hasta allí llegó
el *Arrogante*, allí le detuvieron unos mucha-
chos, y al ver que el *Macareno* iba detras de él,
allí, sin salir de la plaza, le hizo frente y co-
menzaron la pelea.

Ni uno ni otro tenían los cuernos muy da-

ñinos; los dos eran bien armados, pero no lar-
gos de asta; de manera que la pelea consistía,
más que hacerse daño con los cuernos, en
darse mochadas enormes que retumbaban á
veces como la explosion lejana de un barreno.

Desde luego se vió claro en el de Pedrosa el
intento de echar al otro de la plaza. Para esto
comenzó empujándole hacia el Oeste; pero el
de Riaño, que á su vez tenía el intento de no
salir, terciaba el cuerpo hacia el Norte y hacia
el Norte retrocedía algunas veces y otras re-
cobraba el terreno perdido. Le cogía el de Pe-
drosa la cabeza, y, apretando fieramente, le
hacía correr hacia atras ocho ó diez metros;
pero se rehacía el otro, le cogía á su vez la ca-
beza y recobraba todo ó casi todo el terreno
perdido. Tras de cada uno de estos esfuerzos
grandes se quedaban parados los dos como
para tomar aliento, y á poco volvían á empe-
zar dándose otra mochada tremenda.

Y vuelta á cogerle la cabeza el *Arrogante* al
Macareno y á barrerle un buen trecho, y vuel-
ta á cogerle la cabeza el *Macareno* al *Arrogan-
te* y á desandar casi todo lo andado.

Así, con mucho trabajo y mucho tiempo, lo-
gró el de Pedrosa llevar á su contrario hasta
el ángulo Nordeste de la plaza, haciéndole re-
correr todo el ancho de ésta de Sur á Norte, y
comenzó á empujarle hacia el Oeste.

Se veía que de fuerzas estaban aproxima-
mente iguales, pero se veía también que el de

Pedrosa peleaba con más coraje, como irritado y ofendido de que aquel intruso viniera á meterse en su casa.

Después de otro gran rato, de otro gran número de mochadas y de otros muchos apretones, logró el toro *Arrogante* llevar al otro hasta el ángulo Noroeste. Los dos estaban acaloradísimo. El vaho que despedían por la boca, por las narices y además por todos los poros del cuerpo, formaba como nubes de humo: parecía que se estaban quemando.

Hubo quien habló de separarlos, porque se mataban malamente, pero la idea no hizo fortuna.

Al fin el *Arrogante*, tras de dar y sufrir otras cuantas retumbantes mochadas y otros cuantos furiosos empujones, logró hacer recorrer en retroceso á su adversario el único lado de la plaza que le faltaba y le sacó al camino de Riaño por donde habían entrado. Cuando le tuvo allí enfilado ya en la dirección del camino, le dió otra mochada suprema en la frente, que fué la despedida. El *Macareno* dió la vuelta y echó á andar hacia Riaño; no echó á huir porque casi no podía. El *Arrogante* se quedó serenamente viéndole marchar sin tratar de acorrearle, porque apenas le quedaba fuerza para eso.

La pelea había durado tres cuartos de hora. No se había visto otra, ni se ha visto después, tan larga ni tan acalorada y trabajosa.

Los dos toros quedaron destrozados. El de Riaño le malvendieron poco después. El de Pedrosa, después de habersele caído el pelo, llegó á morir.

Fué muy celebrado el noble instinto de aquel pobre animal, que no quiso pelear sino avergonzado de que el contrario se le metiera en su pueblo, y peleó después tan bravamente hasta perder la vida.

* * *

La Junta Administrativa de Pedrosa, teniendo en cuenta la larga caminata que habían hecho ya los de Riaño para presenciar la pelea y la que tenían que hacer de nuevo para volver á sus hogares, no quiso que volvieran de vacío, y les obsequió con un refresco, con sus ribetes de merienda, en la gran sala de Concejo, asistiendo también, por acompañar y dar más amenidad al acto, muchos vecinos.

Reinaron allí la alegría y la animación y luego se despidieron unos de otros amistosamente.

UNA ASCENSION Á ESPIGÜETE

La peña de Espigüete está en una de las estribaciones meridionales de la cordillera Cántabro-Astúrica, en el confín de las provincias de Leon y Palencia.

En los mapas, casi todos plagados de inexactitudes, sin excluir el del General Ibáñez, Director que fué del Instituto Geográfico, suele estar marcada esta peña unas dos leguas dentro de la provincia de Palencia; pero esto no es más que un desatino de los mapas ó de sus autores, pues está en la misma divisoria de ambas provincias formando mojon.

Es sensiblemente una pirámide cuadrangular de tendencia muy aguda, pero truncada y coronada por otra más chata. La cara occidental pertenece á Valverde de la Sierra, pueblo de la provincia de Leon; la oriental y casi toda la meridional á Cardaño de Abajo, que es de Palencia, y la del Norte á Alba, de esta misma provincia.

Sólo hay en la comarca otros tres picos de algo mayor altura que el de Espigüete, como son Peña Prieta, una legua distante hacia el Norte, ya en la cordillera principal, siendo mojon divisorio de las provincias de Leon, Palencia y Santander; Peña Vieja, y la de Cerrredo, en el grupo oriental de los Picos de Europa, á la derecha del río Cares, en una estribacion setentrional de la cordillera; pues Peña Santa en otra estribacion análoga en el grupo occidental de los referidos Picos, sobre Covadonga, entre Valdeon y Sajambre, ó sea entre el Cares y el Sella, es de la misma altura.

La altura de Espigüete, segun casi todas las listas de alturas notables y los mapas del Instituto, es de 2.453 metros sobre el nivel del mar. Inclínome á creer, sin embargo, que se aproxima bastante más á los 2.500.

No se escandalicen los lectores de que no tenga por seguros los datos que corren en listas y mapas, pues aparte de que ni el Instituto Geográfico, ni ningun otro centro oficial, por caro que sea, es infalible, á lo mejor, los encargados de hacer las observaciones, desde el campo al gabinete pierden ó cambian los apuntes, y resulta luego cualquier cosa. Así se explica, por ejemplo, que el General Ibáñez, Director del Instituto, en un libro publicado con mucha solemnidad y con el título de *Reseña geográfica y estadística de España*, colo-

que á Espigüete entre los que él llama montes galáico-astúricos, en lugar de colocarle entre los vasco-cántabros; es decir, que siguiendo la cordillera de Oriente á Poniente, le pone despues de los Picos de Europa en la cordillera principal, cuando se encuentra antes, y no en la cordillera principal, sino en una estribacion.

La subida á Espigüete es muy trabajosa y difícil. Por eso, aunque en el título de este artículo he dicho «una ascension», necesito referir dos, una frustrada y otra lograda.

La primera fué en el verano de 1884. Un lunes del mes de Agosto de aquel año, á eso de las ocho de la mañana, nos reuníamos en casa del cura de Valverde de la Sierra, que tambien había de formar parte de la expedicion, otros cuatro amigos, todos montados y bien equipados, con víveres en las repletas alforjas manchegas, no sólo para el día, sino para el resto de la semana, que pensábamos pasar alegremente recorriendo colladas, subiendo alturas, admirando paisajes, respirando cierzo, merendando junto á las fuentes, jugando al tresillo sobre la amariilenta alfombra del cervuno, y pasando las noches mejores á la estrella, y las que se presentaran menos apacibles en los chozos de los pastores.

Esto era lo que nosotros nos proponíamos, pero Dios dispuso otra cosa.

Salimos de Valverde á las nueve, y subien-

do poco á poco en zigs-zags primero por entre los centenos y despues por entre los brezales, llegamos á las once á la collada de Arras, que es hasta donde se puede subir á caballo.

La collada de Arras está á unos 2.000 metros de altura sobre el nivel del mar, ó sea á unos 600 sobre el pueblo, que está á unos 1.400. Desde allí nos quedaban sólo unos 500 metros que ascender, pero 500 metros que para subirlos era menester andar 5.000 por malas veredas, cuando no sin vereda alguna y sobre peña viva.

Despues de habernos apeado en la collada, donde había que dejar las caballerías, se puso á discusion si habíamos de emprender en seguida la marcha á pié hasta lo alto de la peña, ó habíamos de quedarnos allí un rato jugando al tresillo hasta que fuera hora de almorzar, y despues de haber almorzado emprender la subida.

Tras de muy pocos y breves razonamientos, por mayoría de votos, pues eran más los aficionados al juego que los no aficionados, prevaleció la segunda opinión, quedando convertida en acuerdo, que nos resultó muy desgraciado.

Se tendió una manta sobre el césped, y comenzó el juego del tresillo, prolongándose demasiado porque había muchas puestas... Almorzamos despues muy despacio; de manera que cuando nos pusimos en movimiento para

realizar la ascension al pico, eran las cuatro de la tarde, la hora de haber estado ya de vuelta en la collada.

Como sobre ésta tiene la peña una cortadura vertical que la hace del todo inaccesible por este punto, la ascension había que comenzar la bajando en direccion al Saliente, y haciendo una travesía de media legua hasta encontrar en la falda setentrional de la peña una valleja muy profunda llena de nieve acumulada desde el año siguiente al del Diluvio Universal. Por esta valleja y por encima de la nieve, hay que subir como un kilómetro, y despues de andar otro más saltando sobre peñascos desnudos, se encuentra uno otra vez cerca de la collada de Arras, sin haber hecho más que salvar el tajo vertical de la peña, de unos cien metros de altura.

Mientras hicimos la bajada y la travesía por la falda del Norte, se nos acercaba por el Mediodía una nube terrible que no pudimos ver, y de la cual la primera noticia que tuvimos fué un chaparron de gotas como avellanas que nos cayó al entrar en la valleja de la nieve.

Dudamos un poco si seguir ó retroceder; mas como el chaparron aquél había pasado y en toda la parte del cielo que veíamos hacia el Norte no se divisaba ni una nube, seguimos subiendo media hora más, hasta que al salir de la valleja notamos la gran oscuridad que

venía del Mediodía y Poniente y oímos los primeros truenos.

—*La tempesta è vicina*—dije yo, como el personaje de la ópera de Verdi; y tras de brevísimas reflexiones y de una nueva advertencia recibida en forma de rociada de pedriscos muy gordos, comenzamos á desandar lo andado.

—¡Qué lástima!—decía uno de mis compañeros.—¡Estábamos ya tan cerca!—Pero no fué aquella lástima la mayor, sino que antes de volver á la collada nos cogió la nube. Guarecimonos durante el primer aguacero en una covacha de una peña, y en cuanto paró un poco la lluvia continuamos hacia la collada. Mas ¡ay! aquello no había sido más que un preludio; el grueso de la nube venía detras, y comenzó á descargar con fuerza sobre nosotros poco antes de que llegáramos al hato.

En el alto de la collada había una peña que formaba como una pared por el Oriente: nos arrimamos allí; y como el agua venía entonces muy tirada de la parte opuesta, la peña nos resguardaba casi por completo de la lluvia. Pero el aparato de la nube era terrible: los relámpagos y los truenos se sucedían con aterradora frecuencia; de cuando en cuando oíamos encima de nosotros, inmediatamente despues del relámpago y mezclado con el ruido del trueno, el rodar estrepitoso de los bloques de piedra calar desgajados y rotos por la descarga eléctrica. Respirábamos la atmósfera del

rayo. Nuestro conocimiento de las leyes de la física y de la meteorología nos certificaba de que nuestra situacion era en extremo peligrosa, y sin hablar una palabra nos encomendábamos á Dios, poniendo resignadamente la vida en sus manos.

De pronto chocaron dos nubes, produciendo un trueno espantoso; lucharon, venció la que venía del Oriente, y comenzó á llovernos con fuerza de aquel lado, no sirviéndonos ya de nada el abrigo de la peña; y como no teníamos otro y estábamos vestidos de verano, en cinco minutos nos pusimos calados como sopas.

Ya no teníamos nada que perder, á no ser la vida, que más peligraba allí en el alto de la collada que en cualquiera otra parte, y nos decidimos á abandonar el puesto. Echamos mano á las caballerías, que habían acudido cerca de nosotros temblando de susto, y comenzamos á bajar la pendiente por un camino convertido entonces en arroyo, con el agua hasta las rodillas.

Poco despues pasó la nube, se despejó el cielo, y cuando entrábamos de vuelta en la casa rectoral de Valverde, escurriéndonos el agua desde la cabeza á los pies, se había quedado ya una hermosa tarde.

Excusado es decir que á ninguno nos quedó gana de repetir la funcion al día siguiente.

Lo que nos quedó fué memoria.

.....

Mas como todo pasa y se borra en el mundo, se me fué pasando á mí tambien el susto de aquel día, y dos años más tarde, á solicitud de otros dos amigos, que no habían estado en la primera expedicion, me decidí á emprender otra igual, ciertamente con mejor fortuna.

Salimos de Pedrosa del Rey una mañana, tambien del mes de Agosto, pasamos por la collada del Hito y por la de Picones, y á las dos horas nos hallábamnos en el obligado punto de escala para las ascensiones á Espigüete, en Valverde de la Sierra.

¡Pobre Valverde! ¡Medio año despues de esto, en Noviembre del 86, ardía todo, de punta á cabo!

Verdad es que, como no hay mal que por bien no venga, el que antes era un pueblo viejo y feo, con las casas negras, cubiertas de paja, ahora, gracias á Dios y á la caridad fraternal de los pueblos convecinos que le han ayudado á levantarse, es un pueblo nuevo y alegre, con las casas cubiertas de teja, y tan blanqueadas que da gloria.

Volviendo á nuestra expedicion, diré que, sin tantos preparativos de *bucólica* como en la pasada, llevábamnos, ademas de un buen anteojito, un barómetro de bolsillo, que por comparacion nos daba con bastante exactitud las alturas, á partir de una conocida, como la de Pedrosa, que es de 1.660 metros.

Uno de los dos amigos que me acompañaban,

se acobardó en Valverde con las referencias que de la pasada expedicion le hizo el párroco, y siguió sólo conmigo el otro.

Subimos á caballo, como la vez anterior, á la collada Arras, y desde allí hicimos la ascension, sin más víveres que un pedazo de pan, un chorizo, que nada tenía que envidiar á los extremeños, y una botella de vino que varias veces añadimos con nieve.

La nieve, perpetuamente depositada en aquella nevera natural de la espalda de Espigüete, constituía antes para Valverde un elemento de riqueza. Los explotadores lo sacaban al hombro, en costales, hasta la collada de Arras, allí lo bajaban en carros poco cargados al pueblo, y luego cargándolo en gran cantidad, bien envuelto en mantas, andando de noche y descansando de día á la sombra, lo conducían á Palencia y Valladolid para abastecer los cafes en el verano, realizando considerable ganancia.

Hoy, con la facilidad de obtener artificialmente el hielo, ha cesado aquella explotacion de la nieve.

El panorama que se descubre desde el pico de Espigüete es incomparable, magnífico. Cuando se va subiendo, ya cerca de lo alto, por donde la pendiente es muy escarpada, si se mira hacia fuera de la peña, se siente mareo y necesidad de agarrarse; pero en subiendo á la explanada del alto, se puede ya extender sin

cuidado la vista por un inmenso océano verde, que se desvanece en orillas azules.

Hacia el Mediodía se ve toda la llanura de Castilla, hasta las sierras de Segovia; hacia el Occidente se divisan las torres de la catedral de Leon, no viéndose el resto del edificio ni la ciudad por estorbarlo las cuestras la Candamia; hacia el Norte, por el boquete de entre los dos grupos en que están divididos los Picos de Europa, para dar salida al río Cares, se ve un jiron del mar Cantábrico, entre Llanes y Rivadesella, y por todo alrededor se ven como enterrados en un pozo los montes más altos de la comarca, porque sobre todos se levanta el gigantesco pico, según la frase del poeta:

Quantum lenta solent inter viburna cupresi.

Hace cosa de un cuarto de siglo, la comision militar que an lupo por aquel pais haciendo las triangulaciones geodésicas, bajo la direccion del coronel Ibarreta, construyó en el alto de Espigüete una torrecilla de mampostería, que costó muchísimo dinero, pues hubo que subir la argamasa á cuestras desde la collada de Arras. Hoy apenas se conoce ya el sitio donde estuvo, pues ha sido completamente destruída por las exhalaciones.

LA SEMANA SANTA EN PEDROSA

(RECUERDOS)

El primer preparativo de Semana Santa era la traída de los ramos.

El viernes ó el sábado de la Semana de Pasion, regularmente el viernes para no andar del todo á las apuradas, el mavordomo de la iglesia, que era un vecino jóven, elegido á principio de año por el señor prior en una terna que le presentaba la Justicia, uncía los bneyes, asobeaba el carro, y, provisto de un hoccejo ó una hacha pequeña de podar, se iba á Pradecin, ó á las Muelles, ó á Majadavieja, ó á cualquier otro monte donde abundara el acebo, pues de este árbol habian de ser los ramos benditos, no ya por seguir la tradicion y costumbre inmemorial de la villa, sino por otra razon todavía más poderosa y apremiante: por la de no haber á tales alturas y en tal tiempo del año ningun otro individuo del reino vegetal con hoja verde.

Puesto en el monte, el mayordomo cortaba ramos de acebo, de dos á tres varas de largos, hasta formar media docena de haces muy bien gordos; porque tenía que haber bastantes ramos benditos para dar uno á cada persona y para que sobrara un buen golpe de ellos, que guardados en un rincón de la sacristía hasta el primer día de otra cuaresma, servirían, ya bien secos, para quemarlos en el pórtico y sacar de ellos la ceniza que se había de bendecir é imponer á los fieles. Vuelto al pueblo con los haces en el carro, llevaba éste á la puerta de la iglesia y allí los descargaba, poniéndolos á la derecha del altar mayor, al lado de la epístola, para ser bendecidos el domingo á la mañana.

Los rapaces que, amigos de dar fe y testimonio de todas las cosas, habíamos acudido al cabecero del puente á ver venir el carro, siguiéndole desde allí hasta la iglesia y viéndole descargar, esparcíamos luego la noticia de si los ramos eran albares ó carbajizos. Porque hay acebos y acebos. Los hay albares, que parecen laureles, con unas hojas aovadas, sin más pinchos que uno insignificante en el extremo superior; y los hay carbajizos ó picones, que tienen las hojas menudamente onduladas y entre cada dos ondas un pincho terrible, de manera que no se puede tocar en ellos.

Generalmente, se pretendía relacionar la calidad de los ramos con el carácter del que los

traía. Y no sin fundamento. Porque el mayordomo, que era amable y de buena índole, procuraba traer ramos buenos aunque le costara trabajo hallarlos, mientras el que era un carrafuñas, poco amigo de molestarse en servicio de los demas, solía cortar lo primero que encontraba á mano. Por eso, cuando los ramos eran muy picones ó muy torcidos, arrancaban á la gente estas exclamaciones de burlona ironía:

—¡Tan suaves son como el que fué por ellos!

—¡Tan derechos son como el que los trajo!

El domingo por la mañana, en cuanto el sol espléndido de primavera, que se había dado á ver primero en las alturas, descendía á bañar generosamente la villa, sus grandes campanas, envidia y admiracion de las aldeas del contorno, comenzaban con alegres repiques y majestuosos volteos á tocar á misa.

Bullia la gente y se preparaba y empezaba á desfilar hacia el templo, situado al extremo oriental sobre un poco de acirate que defiende al poblado contra las acometidas del Esla, río que por ser allí todavía muy jóven es muy impetuoso y atrevido.

Por lo regular, era aquél el primer día que se calzaban zapatos, arrinconando las madreñas que se habían calzado durante el invierno, para no volver á acordarse de ellas hasta Octubre. Con cuenta de que los zapatos debían ser nuevos, recién comprados en la feria de

Guardo ó en la de Soto, con el valor del lino espadado ó de algun otro producto elaborado en la invernía. ¡Y pobre del que no estrenara aquel día zapatos ó alguna otra cosa! Pasaría por desmanicado ó por desidioso; porque el refran lo decía terminantemente: «Quien no estrena en Ramos, no tiene manos.»

Reunida la gente en la iglesia, el prior, que así sellamaba al párroco por haber tenido antes anejo á la parroquia un priorato de templarios, salía revestido con lujosa capa morada y hacia la bendicion de los ramos conforme al ritual. Concluida ésta, empezaba la distribucion, cantando mientras tanto en el coro con gran solemnidad don Salvador y sus compañeros la antifona *Pueri hebreorum...* y repitiéndola cuantas veces era necesario. El prior tomaba el primero de mano del mayordomo su ramo, que era distinguido. Un acebo con frutas, que son unas bolitas encarnadas de muy hermoso efecto entre las hojas verdes; y si esto no se había podido encontrar, se le ponían entre las hojas algunas flores de papel y ademas se le recubría la vara con galon de seda.

En seguida, dejando el suyo sobre el altar, iba dando ramos á los feligreses que se acercaban á recibirlos por orden. Primero el alcalde, y á éste tambien se le daba un ramo mejor que los demas, aunque no tan lujoso como el del párroco. Por lo menos, se la solia quitar á la vara una tira de corteza en espiral, con lo

que parecía estar pintada de blanco y verde. Tras del alcalde iban los demas individuos de justicia, el regidor, el procurador; despues, los vecinos más ancianos; luego, los más jóvenes y los mozos y los rapaces, y por último, las mujeres.

Luego se organizaba la procesion, saliendo todos reposadamente del templo, doblando sobre la izquierda y dando la vuelta entera al edificio para volver á entrar por la misma puerta. Al llegar á ésta entraban solamente algunos cantores y cerraban, comenzando desde dentro á cantar el himno:

Gloria, laus et honor tibi...

Respondían otros desde fuera, y, despues de haber cantado algunas estrofas, el prior abría la puerta dándola un golpe con el mango de la cruz, y, entrando, empezaba la misa, que oían todos con los ramos en la mano. La espaciosa iglesia gótica (1) presentaba entonces un as-

(1) En la época á que pertenecen estos recuerdos estaba amenazando ruina y despues llegó á arruinarse, por incuria de aquel prior que estuvo al frente de la parroquia cincuenta y cinco años. Recientemente, he conseguido hacerla restaurar con fondos del Ministerio de Gracia y Justicia, gracias á la bondad de mis ilustres amigos D. Trinitario Ruiz Capdepón, Ministro en 1894; D. Antonio García Alix, Subsecretario en 1896; D. Manuel García Prieto, Ministro en 1906.

pecto sorprendente. Vista desde el coro alto, parecía un bosque de acebos suavemente agitado por la brisa, pues apenas se veía la gente debajo de la enramada frondosa.

Todo el mundo asistía á la función con reverencia y compostura; pero como los rapaces siempre andan á «pícame, Pedro, que picarte quiero», no era raro que alguno mientras la pasión, que es muy larga, arrimara el ramo, al descuido con cuidado, á la cabeza de otro y le picara en una oreja, ni que el picado le volvieran la emprestada sutilmente, y se entretuvieran luego picándose uno á otro, hasta que algun vecino formal cortaba la cuestión dando un ramascazo á cada uno.

Acabada la función salía la gente de la iglesia y se formaban conversaciones en que se criticaba al mayordomo si los ramos eran malos, ó se le alababa si eran buenos, ó se daba rienda suelta á la risa comprimida dentro del templo, cuando había ocurrido algo que la excitara. Por ejemplo, una vez uno de los cantores, para volver una hoja del misal, dejó su ramo, que por cierto era muy picon, arrimado al balaustre del coro; pero pesando más la copa que la vara, el ramo dió vuelta y cayó abajo, yendo á dar sus punzantes hojas sobre la cabeza de un vecino llamado Juan Cordero, toda calva y lisa como una calabaza. Casi nadie pudo evitar una ligera sonrisa, pero nadie soltó el trapo, reservándose todos el derecho

de reirlo fuera, como lo hicieron á su sabor, especialmente cuando un vecino muy sesudo, al parecer, exclamaba comentando el caso: «¡Pobre Juan! Si no es el pelo, le fastidia...»

Luego se iba cada cual á su casa con el ramo en la mano á ponerle junto á la cabecera de la cama, donde estaría hasta el año siguiente que le reemplazara otro nuevo, si antes no había que disponer de él para algun uso medicinal, verbigracia, para sobar el vientre de alguna caballería que se atorzonase, pues se le atribuía contra el torzon virtud prodigiosa.

El lunes apenas se conocía que estábamos en Semana Santa, como no fuera en que los estudiantes que habían venido á vacaciones y aún los escolantes más exporrechos andaban por allí canturreando, para ensayarse, la lamentación que habían de echar el miércoles por la noche en las tinieblas. A lo mejor, en un corrillo de muchachos donde era de creer que se estuviera tramando alguna travesura, salía uno cantando con voz lastimera:

Aleph... ¿Quomodo sedet sola civitas plena populo...

El martes sucedía lo mismo que el lunes: los ensayos de lamentaciones eran casi las únicas señales de estar en Semana Santa. Digo casi, porque solía haber alguna otra, como tal cual meneo que, también por vía de ensayo, daban los rapaces á la carraca ó á la matraca.